
Yermos y Sacromontes: itinerarios de vía crucis en los desiertos carmelitanos

JOSÉ MIGUEL MUÑOZ JIMÉNEZ

INTRODUCCIÓN

De sobra es conocido que la expresión «Vía Crucis» se refiere tanto a los caminos señalados con diversas estaciones de cruces o altares que se recorren rezando en cada una de ellas en memoria de los pasos que dio Jesús caminando al Calvario, como a los conjuntos de catorce cruces o catorce cuadros que representan los mismos pasos del Calvario y se colocan en las paredes de las iglesias, como también al ejercicio piadoso en que se rezan y conmemoran los momentos principales de la Pasión de Cristo.

Por ello no creemos necesario el hacer ahora la historia del Vía Crucis, ni tampoco la enumeración de los principales ejemplos de Vía Crucis artísticos, que tuvieron su primer ejemplar destacado en el organizado por San Petronio de Bolonia en el monasterio de San Esteban cuando corría el siglo V. Todo ello ha sido ya suficientemente estudiado¹.

Es únicamente el objetivo del presente trabajo analizar las modalidades que ofrecen los Vía Crucis de algunos desiertos carmelitanos que, formados en el siglo XVII, a veces alcanzaron un gran

desarrollo artístico y arquitectónico que superaba con creces la simple colocación de las cruces de piedra o madera. En alguno de ellos tuvo lugar la progresiva confección de Vía Crucis del tipo «Sacromonte»², ya barroco, compuestos por ermitas-altares en las que se exponían las estaciones o pasos canónicos del Vía Crucis.

De esta manera veremos cómo algunos desiertos carmelitanos —en un principio encaminados a la vida solitaria propia de órdenes que fomentan el eremitismo— llegaron a convertirse en verdaderos sacromontes, en los que antiguas ermitas «funcionales» (es decir, que se labraron para vivienda de un solitario) fueron transformadas en auténticos «pasos» iconográficos, componiendo un plan de urbanismo sacro que sigue la tendencia barroca de conferir carácter sagrado no sólo a los espacios interiores sino también a los exteriores.

Se trata en definitiva de un fenómeno muy semejante al estudiado desde el punto de vista iconográfico por el profesor Sebastián López³ de los «Calvarios como santuarios», y que alcanzó especial relevancia en los Vía Crucis portugueses del Bom Jesus del Monte y del Bom Jesus de Matozinhos y en su homónimo brasileño donde en

¹ Sobre el Vía Crucis en Jerusalén *vid.* ADRICOMIO: *Theatrum Terrae Sanctae*, 1584, o FRANCISCO DE CASTILLO, *El Devoto Peregrino; Viage a Tierra Santa*, Madrid, 1636. Estudios más modernos serían, THURETON, P.: *Etudes historiques sur le chemin de la Croix*, París, 1907; FASSY: *Le Chemin de la Croix, origines, pratique, dévotion*, Aix, 1928; ZEDELGUN, A.: *Historia del Vía Crucis*, Bilbao, 1958, etc.

² Queremos hacer notar el hecho de que los sacromontes barrocos no necesariamente acogen las catorce estaciones del Vía Crucis, como se puede ver en el del Bom Jesus de Matozinhos, en Minas Gerais (Brasil), donde se levantaron solamente seis capillas.

³ SEBASTIÁN LÓPEZ, S.: *Contrarreforma y Barroco*, Madrid, 1981, págs. 330-334.

fuertes pendientes «por cierto que siempre muy urbanizadas y estructuradas» se condensa el «camino de la cruz» por medio de capillas que albergan los pasos escultóricos. Como luego se verá, los Vía Crucis carmelitanos, que son anteriores a los citados ejemplos lusitanos, ofrecen una disposición más flexible y dispersa en el espacio.

UN EJEMPLO DE YERMO FRANCISCANO
CONVERTIDO EN «SACROMONTE»: EL MONTE
CELIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALCEDA
(GUADALAJARA)

Acabamos de plantear, por tanto, que en algunos casos se produjo en el siglo XVII una cierta transformación de algunos desiertos carmelitanos en verdaderos sacromontes, resultando de ello una cierta confusión funcional y religiosa que convendría precisar. Pero este fenómeno no fue en absoluto privativo de los desiertos carmelitanos: ya tuvimos ocasión de publicar⁴ la creación de un sacromonte muy completo llevada a cabo por el obispo de Sigüenza don Pedro González de Mendoza entre 1605 y 1610 en el monasterio franciscano de N.^a S.^a de La Salceda, en pleno corazón de la Alcarria, por medio de la conversión de un desierto anejo al santuario mariano (formado por varias ermitas «funcionales» a las que se retiraban temporalmente los frailes de la Orden Seráfica) en un ordenado itinerario de peregrinación purificadora⁵ que conducía a la visita de hasta quince ermitas, ya transformadas en monumentos simbólicos y en puntos de exhibición iconográfica.

El camino enrevesado y zigzagueante, y ascendente desde lo más bajo de la colina hasta lo más alto de ella, conduce al peregrino a través de nue-

ve ermitas con la historia del santuario de La Salceda y de la Orden de San Francisco⁶, para a continuación llevarle a lo largo de seis «estaciones» finales, plenamente integradas en los clásicos Vía Crucis: son las ermitas de «Las lágrimas de San Pedro», «La Cruz a Cuestas», El Calvario, «El descendimiento de la Cruz», El Sepulcro y «La Resurrección».

Todas ellas de diferentes formas y materiales, bien descritas por su propio inspirador, y que aquí no podemos repetir por falta de espacio⁷. Pero sí queremos destacar el que don Pedro González de Mendoza guste de dar nombres alegóricos a las distintas calles de su manierista jardín (calle de la esperanza, de la amargura, de las lágrimas, etc.), formándose así una verdadera imagen de la Ciudad Santa, otra Jerusalén⁸.

Para terminar esta referencia al sacromonte de La Salceda, otrora desierto de franciscanos, queremos destacar algunos otros aspectos: la pertenencia franciscana de su creador y del monasterio en que se situó⁹; el carácter de santuario local que tuvo La Salceda desde la aparición de la Virgen allí ocurrida en el siglo XIV¹⁰; y las posibles influencias recibidas por don Pedro del Sacromonte granadino organizado por el obispo Castro y Quiñones¹¹,

⁶ Eran las ermitas de San Diego, Santa Ana, La Concepción, La Magdalena, las Zarzas de San Francisco, San Juan Bautista, Nombre de Jesús, Portal de Belén y San Antonio.

⁷ GONZÁLEZ DE MENDOZA: *Historia del Monte Celia...*, op. cit., págs. 450-638.

⁸ La restauración o reconstrucción de Jerusalén que se quiere llevar a cabo en estos sacromontes queda bien precisada en algunas inscripciones que se solían poner en los mismos. Así, p. e., en el del Bom Jesus del Monte, cerca de Braga, el epígrafe dedicatorio colocado en su principio reza: «Jerusalem Sancta restaurata» (SEBASTIÁN LÓPEZ: *Op. cit.*). En el Vía Crucis del desierto de Busaco, como luego se verá, también abundaban estas inscripciones alusivas.

⁹ Pues según San Leonardo de Portomauricio, *Vía Crucis explanado*, Madrid, 1730, fueron en España los franciscanos quienes más prontamente propagaron la práctica del Vía Crucis, siendo buen ejemplo el que hubo en Madrid hasta 1809 que salía del convento de San Francisco e iba a terminar en la calle aún llamada del Calvario.

¹⁰ Circunstancia que hubo de alterar necesariamente la soledad del yermo de La Salceda, y que propiciaría una afluencia de devotos seculares que pudo mover a Don Pedro González de Mendoza a convertir el desierto eremítico en punto de peregrinación y enseñanza religiosa.

¹¹ Pues precisamente don Pedro González de Mendoza sucedió en 1610 a Castro y Quiñones en la sede granadina, donde permaneció hasta 1615.

⁴ Vid. nuestro artículo «Un "Sacromonte" alcarreño: el "Monte Celia" del monasterio de N.^a S.^a de La Salceda», *Residencia*, núm. 1, 2.^a época, Madrid, 1988, en prensa.

⁵ El carácter de peregrinación religiosa del sacromonte de La Salceda queda bien remarcado en las siguientes palabras de su creador: «... es bien para suavizarla que el Alma haga una peregrinacion por todo el Monte, visitando sus Hermitas, ...porque aviendo de llegar al cavo a presentarse en la presencia de la Gloriosa Virgen de la Salceda, a darle gracias... es bien haga primero este camino y peregrinación por el...» (GONZÁLEZ DE MENDOZA, P.: *Historia del Monte Celia de N.^a S.^a de la Salceda*, Granada, 1616, pág. 411).

y asimismo del curioso Vía Crucis existente, al menos desde 1581, en las cuevas de la ermita de San Sebastián de Mondéjar, localidad próxima a La Salceda ¹².

DISTINTOS TIPOS DE ERMITAS EN LOS DESIERTOS CARMELITANOS

Los Vía Crucis formados por ermitas-altares (sacromontes) fueron sin duda los más monumentales y artísticos de la época barroca, como acabamos de ver en el Monte Celia de La Salceda, en el que, como antes dijimos de algunos desiertos carmelitanos, las ermitas-viviendas se transformaron en capillas artísticas cuya simbología religiosa ha de entenderse en el conjunto de un programa iconográfico, el Vía Crucis, en el que se integran. Pero antes de proceder al estudio de la disposición física de estas vías sacras en los desiertos carmelitanos creemos conveniente, para delimitar de un modo más preciso el fenómeno de transformación que nos ocupa, enumerar los distintos tipos de ermitas existentes en los citados yermos, y que arrojan una diversidad verdaderamente rica.

En efecto, tendríamos en primer lugar las características *ermitas-vivienda*, que sirven de habitación al monje solitario; pero por la peculiar organización de los desiertos carmelitanos encontramos en los mismos dos tipos diferentes de construcción: las *situadas alrededor de la iglesia* conventual, adosadas entre sí y dotadas de una pequeña huerta posterior (como las que se aprecian en las imágenes de los desiertos de Marlagne y de la Isla), tan semejantes a las cartujanas y destinadas a albergar a los frailes que atienden a las necesidades comunes del monasterio, y las *ermitas exteriores*, dispersas por el monte y en las que los verdaderos ermitaños practican la soledad física, y de las que

conocemos su forma regularizada en los desiertos de Bolarque ¹³, Las Palmas ¹⁴ y La Isla ¹⁵.

En segundo lugar estarían algunas *ermitas de devoción*, como las documentadas en el desierto de Busaco ¹⁶, destinadas a breves ejercicios de oración en soledad, sin ocupante permanente, y por tanto sin los elementos existentes en el primer tipo antes explicado; en ocasiones, como en las nueve ermitas de La Salceda no integradas en el Vía Crucis ya comentado, albergaban altares o imágenes de carácter iconográfico.

Un tercer tipo de construcción eremítica presente en los desiertos carmelitanos serían las *ermitas-portería*, a veces dedicadas también a un santo, habitación solitaria —por hallarse junto a la cerca de «excomunió» del yermo—, del hermano portero. Podrían ser consideradas en todo semejante a las ermitas-vivienda, sino fuera porque sabemos que en dos casos concretos, en los desiertos de las Batuecas y del Cardó ¹⁷, se acondicionaron como capillas o *ermitas-abiertas* destinadas a decir la Misa y administrar los sacramentos a los habitantes de los pueblos vecinos que no podían entrar en la iglesia conventual, con un marcado carácter misional

¹² Vid. CATALINA GARCÍA, J.: «Relaciones Topográficas de España», *Memorial Histórico Español*, XLIII, Madrid, 1903, pág. 313, donde se recoge la respuesta del año 1581: «...Ay muchas ermitas en los pueblos de la dha villa, entre las quales ay una de Sn. Sebastian con muchas cosas de mirar en ella de Obra curiosa y devocion; ay en ella unas cuevas de pasos de la pasión mui contemplativos...».

¹³ Vid. Fray Diego de Jesús María: *Desierto de Bolarque. Yermo de carmelitas descalzos y Descripción de los demas desiertos de la Reforma*, Madrid, 1651, pág. 125, donde explica: «...Porque esto que llamamos Hermita, estancia ó morada de Hermitaño, ha de tener correspondencia i proporción con el ministerio para que se fabrica. Un pequeño edificio en quadro de quinze ó dies i seis pies por cada lado i donde se comparte un recibimiento, oratorio para decir Misa, celdilla para dormir i chimenea para que el Hermitaño guise sus yerbas. Destas Hermitas ay unas que tienen baxo i alto; otras que toda la vivienda esta a un andar...».

¹⁴ Vid. Felipe de la Virgen del Carmen, *La Soledad Fecunda*, Madrid, 1961, pág. 293, quien dice: «...Estas ermitas constaban de cuatro habitaciones al mismo nivel: vestibulo; oratorio; dormitorio y cocina. En el centro de los dos tabiques que se cortan perpendicularmente, un pequeño espacio vacío protegido por cuatro marcos encristalados para dejar la lamparilla que pudiera iluminar durante toda la noche. El humo salía por la estrecha chimenea a propósito en el mismo lugar...».

¹⁵ *Ibid.*, págs. 298 y sigs., donde se recogen unos bocetos de 1719 con trazas del Hermano Marcos de Santa Teresa para las ermitas exteriores, muy semejantes a las existentes en el desierto de Las Palmas.

¹⁶ *Ibid.*, págs. 265 y sigs. Eran las ermitas de N.ª S.ª del Carmen, San Juan de la Cruz, La Samaritana, San Pedro y la Magdalena, todas situadas a lo largo del camino que conduce desde la primera portería hasta el convento.

¹⁷ *Ibid.*, págs. 177 y 233 y sigs.

que nos hace recordar el conocido fenómeno de las capillas abiertas hispanoamericanas¹⁸.

Pero aún encontramos en los desiertos carmelitanos un cuarto tipo de capillas o ermitas: son los pequeños altares, llamados *basílicas*, que en número de cuatro se colocaban en el exterior de las iglesias conventuales, en la prolongación de sus cuatro ángulos, y que estaban cubiertas por arriba, con altar interior a propósito para la Misa, y sobre él, en una hornacina, el santo titular correspondiente; tan interesantes elementos están documentados en el desierto de las Batuecas¹⁹ y en el de La Isla²⁰.

Finalmente, como elementos singulares del desierto de Las Palmas, son de destacar algunos lugares retirados llamados «*antra*», o cavernas, que, inadecuados para ser habitados permanentemente, se destinaban a algunos ejercicios piadosos o momentos de devoción, y que también tenían nombres de santos: San Elías, San Juan de la Cruz, Santa Magdalena, etc.²¹. Su función nos lleva a asociarlas a las antes llamadas ermitas de devoción.

Como ahora se verá, cuando en el yermo carmelitano se profundice en la confección de un Vía Crucis monumental formado por capillas superándose el simple itinerario de cruces, se procederá al aprovechamiento de algunas ermitas-vivienda, de las exteriores, para, rebautizándolas, integrarlas en el sacromonte, del mismo modo que sucedió en el Monte Celia de La Salceda con las seis ermitas superiores.

EJEMPLOS DOCUMENTADOS DE VÍA CRUCIS EN LOS DESIERTOS CARMELITANOS

La disposición regularizada de los desiertos carmelitanos fue desarrollada por vez primera en el de San José del Monte de las Batuecas, donde

¹⁸ Vid. MAC ANDREW: *The open air churches of sixteenth Century in México*, Harvard, 1968, y BONET CORREA, A.: «Antecedentes españoles de las capillas abiertas hispanoamericanas», *Revista de Indias*, 1963, págs. 267-290.

¹⁹ Dedicadas respectivamente a San Elías (N.O.); San Juan Bautista (S.E.); San Pablo ermitaño (N.E.), y San Jerónimo (S.O.). Su función posiblemente era la de ampliar el número de altares en el convento.

²⁰ Singularmente estaba dedicadas a cuatro pasos de la Pasión, que luego comentaremos.

²¹ Felipe de la Virgen del Carmen: *Op. cit.*, pág. 295, quien cita hasta seis cuevas y dice que hay otras más.

en 1599 el P. Tomás de Jesús trazó y levantó una pequeña iglesia aislada en el centro de los edificios que, formados por las ermitas individuales separadas entre sí por sus respectivos jardincillos y por otras dependencias del convento, componían un rectángulo o claustro alrededor del templo; en las esquinas de éste, las citadas cuatro «basílicas», y desperdigadas por el monte, las ermitas exteriores, todo ello dentro de la cerca exterior del yermo²².

Semejante disposición la llevó el mismo fraile carmelita al desierto de San José de Marlagne (Bélgica), en 1619, y luego se repitió en otros muchos desiertos carmelitanos²³.

Pero limitándonos al estudio de los Vía Crucis existentes en estos interesantes conjuntos arquitectónicos podemos señalar, dejando a un lado aquellos desiertos en que no hemos documentado que contaran con tales vías sacra²⁴, tres modalidades de creciente complejidad arquitectónica:

A. *Vía Crucis de cruces de piedra o madera*

Es el caso del desierto de N.^a S.^a del Carmen de Bolarque (Guadalajara), fundado en 1592, y que contaba nada menos que con veintiuna ermitas exteriores dedicadas a distintos santos sin que ninguna estuviera asociada a una estación de Vía Crucis. Pero sabemos que tenía un Vía Crucis de cruces que se iban esconzando en ascensión desde la portería hasta el convento²⁵. También en el citado desierto de las Batuecas —donde además había numerosas cruces desperdigadas por el monte de las ermitas exteriores— en la parte occidental de la cer-

²² Además del libro citado en la nota anterior, *vid.* ZIMMERMAN, P.: *Les Saints Déserts*, París, 1927. Pero estos autores no estudian los yermos carmelitanos desde el punto de vista arquitectónico y urbanístico, lo que actualmente estamos analizando en una monografía sobre el tema.

²³ Como en el de Busaco (1627), Santa Fe de México (1605), Tenancingo de México (1801), San José de La Isla (1719), etc.

²⁴ Como el Desierto de Las Nieves (Málaga), fundado en 1593; el de San Juan Bautista de Trasierra (Córdoba), de 1597; el de Las Palmas, de 1694, si bien actualmente cuenta con un moderno Vía Crucis formado por una calle con capillitas laterales a modo de hornacinas; el de San Hilarión del Cardó, de 1606, que entre sus once capillas exteriores cuenta con la ermita de La Columna, que situada desde 1612 sobre una roca casi inaccesible estaba dedicada a San Simeón el Estilita y a la Flagelación de Cristo.

²⁵ Fray Diego de Jesús María: *Op. cit.*

ca interior arrancaba un severo Vía Crucis que llegaba hasta la ermita de Alcornoque, dedicada a San José desde 1606²⁶. Otro ejemplo es el del desierto de Marlagne, en cuyo «monte» se distribuían once ermitas de habitación exteriores además de un «Calvario» en lo más alto del mismo que debía componer un Vía Crucis con las ocho cruces que se aprecian en el grabado que presentamos situadas a lo largo de la cerca, especialmente en los ángulos de la misma²⁷.

Por último en el más moderno desierto de San José de Tenancigo, fundado en 1801, había otro Vía Crucis de cruces de piedra sobre pedestales que iba por el flanco derecho del camino entre la Puerta de la Excomuni3n y el monasterio, con idéntica disposici3n por tanto al Vía Crucis antes citado de Bolarque²⁸.

B. *Vía Crucis con algunas ermitas-altares alusivas a la pasi3n*

A esta modalidad más compleja e interesante pertenecía el itinerario detectable en el desierto de N.ª S.ª del Carmen de Santa Fe (México), fundado en 1605, y en cuyo monte se contaban al menos diez ermitas exteriores, tres de ellas en clara relaci3n en el Vía Crucis, como eran las ermitas de *Getsemaní*, *el Calvario* y *La Soledad*, de las que si bien desconocemos su forma física, su dedicaci3n nos mueve a considerarlas como perfecto escenario de las prácticas penitenciales bien documentadas de los solitarios carmelitas de México²⁹.

También se debe incluir en esta modalidad el singular, aunque incompleto, Vía Crucis existente en el desierto de San José de La Isla (en Bilbao), construido entre 1719 y 1729 por el tracista fray Marcos de Santa Teresa (siguiendo un esquema ba-

sado en las Batuecas), y que se componía de los cuatro altares o «estaciones» situadas en la prolongaci3n de las bisectrices de los ángulos de la iglesia y dedicadas a cuatro pasos de la Pasi3n del Señor³⁰. Recuérdese que estos altarcillos o «basílicas» también existían en el convento de las Batuecas.

Creemos que, al menos en el desierto de Santa Fe, se puede apreciar una paulatina mayor importancia del tema del camino al Monte Calvario en los yermos carmelitanos y, en consecuencia, un acercamiento a la conversi3n de éstos en sacromontes, o al menos una progresiva asociaci3n entre el Monte Carmelo y el G3lgota.

C. *Vía Crucis monumental formado por ermitas-pasos*

Si como afirma el Dr. Sebastián los ejemplos máximos de sacromontes de la época barroca se encuentran en el medio portugués (y querríamos mencionar el interesante Vía Crucis que en la ciudad de Tomar sube en escalinata de catorce plazoletillas hasta la ermita de La Piedad), también el más monumental de los Vía Crucis carmelitanos se halla en el país vecino: el del desierto de San Juan de la Cruz de Busaco, construido en 1644, aunque dotado de su forma actual en 1694³¹.

Remitiéndonos a la pormenorizada descripci3n de Mendes Simoes³², sólo queremos resaltar el que en Busaco se compuso un Vía Crucis escenográfico y al tiempo muy «realista», en un intento detallado de reconstruir la Vía Dolorosa hierosalimitana, con seis estaciones primeras —referentes al martirio de Cristo— que no figuran en el Vía Crucis

²⁶ Felipe de la Virgen del Carmen: *Op. cit.*, pág. 178.

²⁷ Tomado del libro citado en la nota anterior.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Vid. Fray Manuel de San Gerónimo: *Reforma de los Religiosos Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, vol. VI, Madrid, 1706, Lib. XXIII, cap. XIV, núm. 11: (hablando de la vida rigurosa del Desierto mexicano) «...De noche paseaban el monte con muy pesadas cruces en sus hombros y los pies descalzos... Estilaban... tener una columna en la puerta del refectorio y arrimada a ella unas buenas varas de membrillo y el religioso que conseguía licencia, había que fuertemente le atasen a la columna...».

³⁰ Felipe de la Virgen del Carmen: *Op. cit.*, pág. 297.

³¹ En 1644 el rector de la Universidad de Coimbra D. Manuel de Saldaña desbrozó el terreno, lo allanó y colocó en cada estaci3n una cruz. En 1694, el obispo D. Juan de Melo hizo construir en cada estaci3n una capilla o ermita, mandando traer las medidas exactas de las distancias entre las estaciones y las dimensiones de cada una, no reparando en los gastos de un viaje a Jerusalén; también puso cuadros y esculturas el obispo de Coimbra D. Antonio de Sousa y Vasconcelos, las que por no ser de suficiente calidad, fueron sustituidas más tarde por figuras de terracota, costeadas por los carmelitas. Actualmente las figuras y alguna de las ermitas están totalmente dañadas.

³² MENDES SIMOES DE CASTRO, A.: *Guía Histórico do viajante no Busaco*, Coimbra, 1883, págs. 64-77.

canónico (Oración en el Huerto; Prendimiento; Paso del puente sobre el Cedrón; Casa de Anás; Casa de Caifás y Casa de Herodes).

La mayor parte de las veinte estaciones resultantes son edificios cuadrangulares de esquinas adornadas de cercaduras de mosaico oscuro y tosco, cubiertos por tejados de cuatro vertientes en forma de cúpula puntiaguda y coronados con una cruz de piedra. Pero el carácter «realista» de esta vía sacra —basado en primer lugar en una disposición topográfica que respeta las distancias de Jerusalén, a lo largo de casi cuatro kilómetros—, se acrecienta con la inclusión de elementos inéditos en otros sacromontes, tales como la erección de arcos, torres, capillas reconstructivas (como la del Pretorio de Pilatos, que es la más noble en construcción y disposición teatral), completadas con inscripciones explicativas. Así, podemos destacar la existencia de una torre circular al lado de la Casa de Caifás, con una escalera de caracol interior. Otra puerta que da acceso a la plazoleta del Pretorio, en cuyo centro se halla la Columna de la Flagelación. Otro arco, la Puerta Judiciaria, anterior a la estación del encuentro con las mujeres. Finalmente —y es de notar el que fuera una ermita de habitación anterior a la composición del Vía Crucis—, destaca la Capilla del Calvario, con oratorio sextavado, ele-

gante cúpula sobre el edificio y a su derecha un cubículo con lavatorio, celda y cocina. Un poco por encima de ella se encuentra la Capilla del Sepulcro, que también era de habitación, antigua ermita fundada en 1646.

Por tanto ese magnífico Vía Crucis, que cruza y recorre el «monte» de Busaco dejando a sus costados otras ermitas de devoción y habitación y que arranca de la calle llamada del Huerto, aprovechó en sus dos últimas estaciones dos ermitas anteriores, que incluidas en su programa pierden su función eremítica en un proceso que ya hemos señalado en otros yermos.

CONCLUSIONES

El desarrollo de la práctica del Vía Crucis en el siglo XVII llevó a la identificación de algunos desiertos carmelitanos con la Nueva Jerusalén, con el Monte Calvario, lugar de ejercicios penitenciales que invita al solitario a imitar a Cristo³³. Un ejemplo expresivo será el nombre dado al desierto carmelita de Sorrento (Nápoles), que fundado en 1682 se llamó del Monte Calvario. Las consecuencias urbanísticas y arquitectónicas de este fenómeno las hemos intentado estudiar con esta comunicación.

³³ Sobre la imitación de Cristo que debe hacer el ermitaño, *vid.* las consideraciones expresadas por Fray Antonio de la Cruz, *Libro de la vida solitaria, de su excelencia, ejercicios y fin*, manuscrito núm. 3.859, en la *Biblioteca Nacional de Madrid*, sin fecha, si bien se escribió a mediados del siglo XVII.

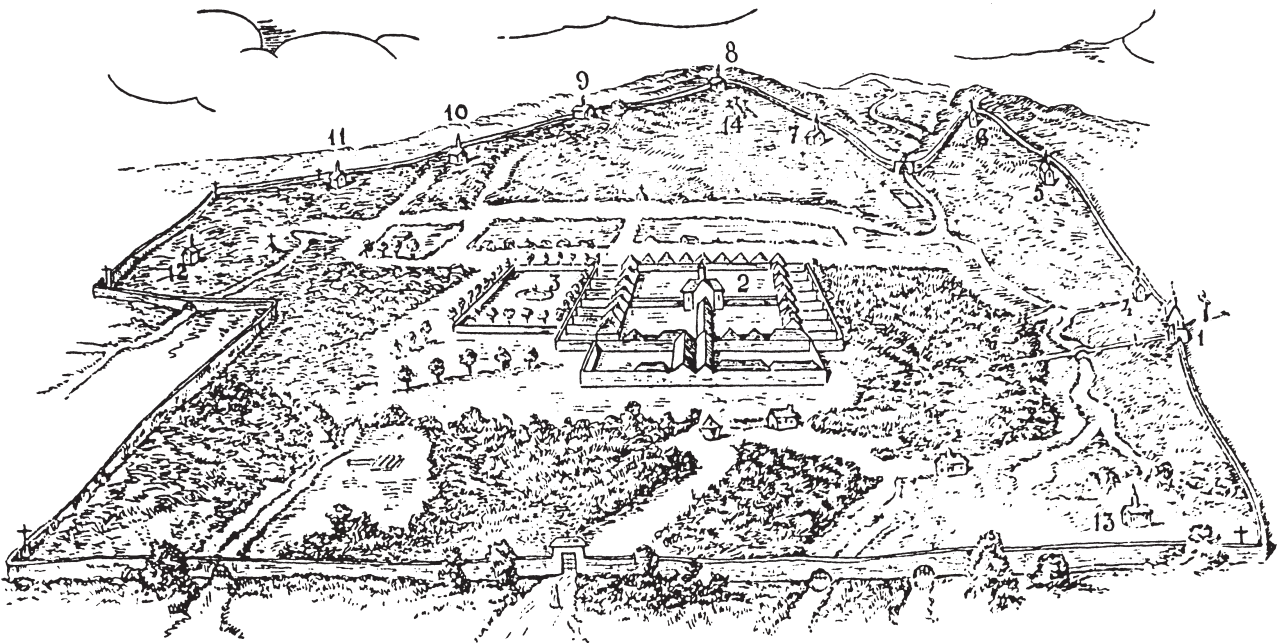


Lámina 1:

Santo Desierto de San José de Marlagne. (Bélgica), fundado por el Vble. P. Tomás de Jesús en 1619.—1. Portería con su hospicio y capilla.—2. Iglesia y convento (muy aumentados en sus proporciones).—3. Fuente y lugar de las colaciones espirituales.—4. Ermita de San Bernardo.—5. Ermita de San Elías.—6. Ermita de Santiago.—7. Ermita de San Miguel.—8. Ermita de San Juan Bautista.—9. Ermita de San Alberto.—10. Ermita de Santa Teresa.—11. Ermita de San José.—12. Ermita de San Esteban.—13. Ermita de Santa Catalina.—14. Monte Calvario.

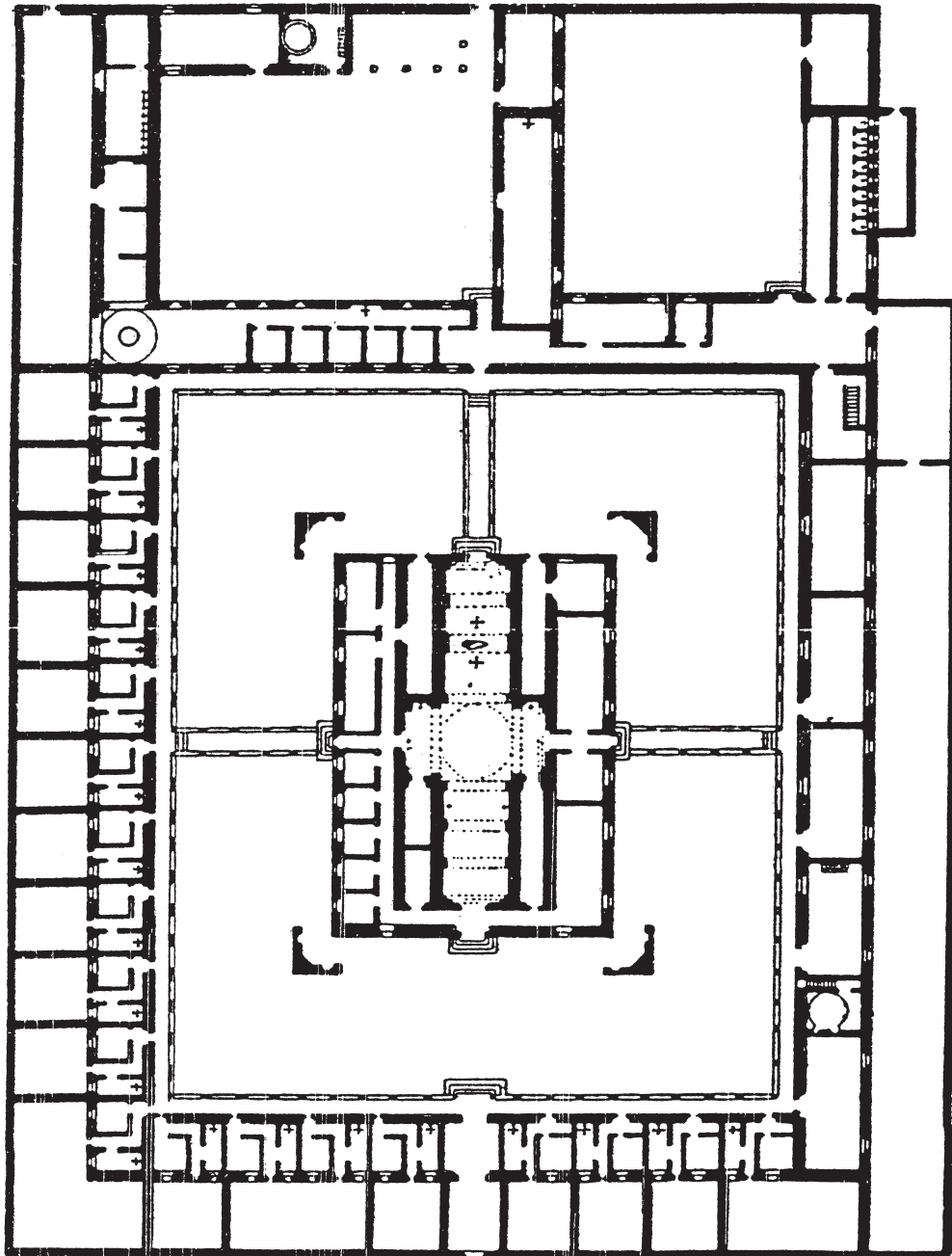


Lámina 2:
Desierto de la Isla (Vizcaya).

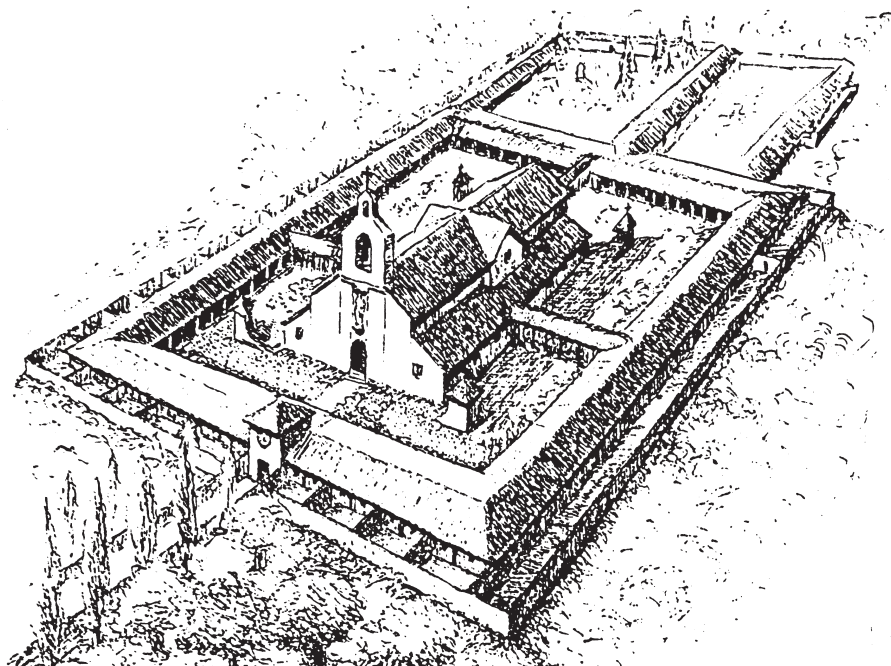


Lámina 3:
Reconstrucción del antiguo convento de San José de la Isla.



San José de Batuecas. Ermita del alcornoque,
según Arias Girón.
En ella habitaba frecuentemente el P. José María del
Monte Carmelo (P. Cadete).

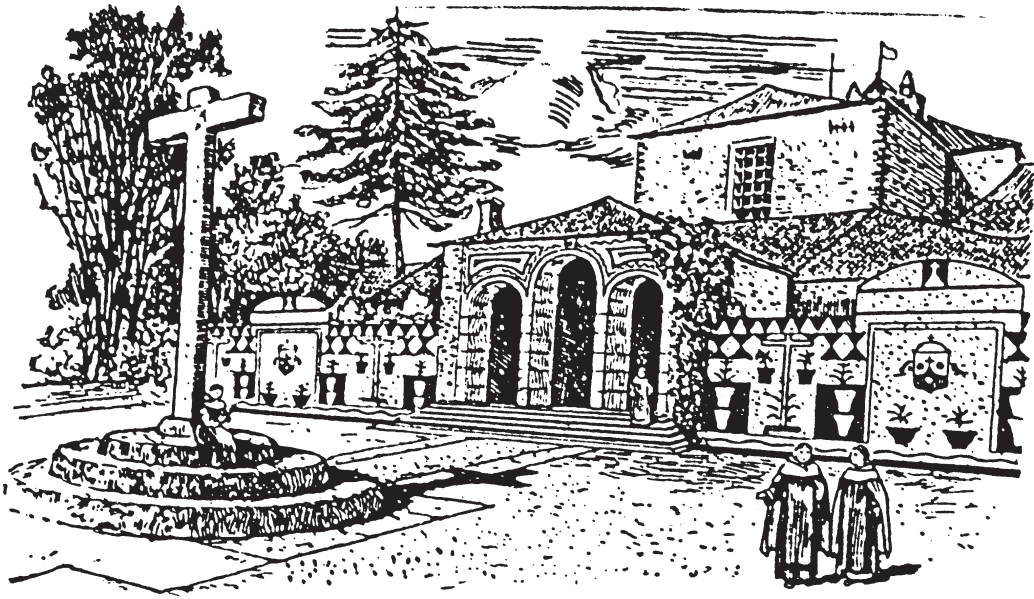
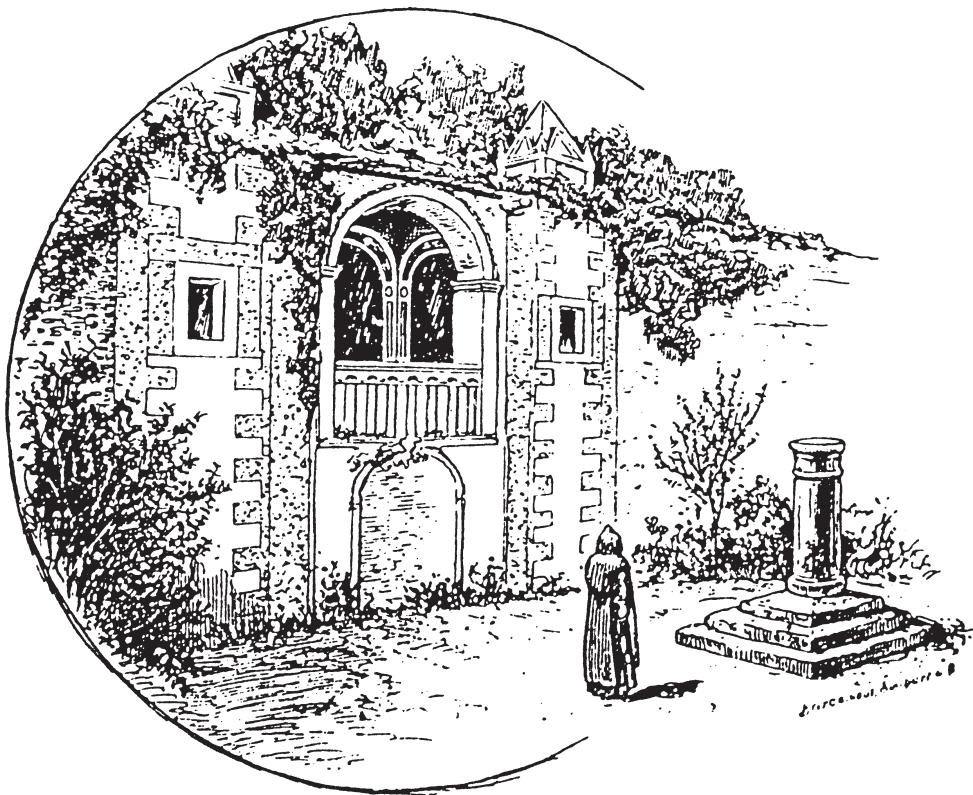


Lámina 4:

Busaco.—Entrada al monasterio del Santo Desierto dedicado a San Juan de la Cruz. (Grabado antiguo).



Busaco.—Una de las capillas del Santo Vía Crucis: pretorio de Pilatos y columna de la flagelación (grabado antiguo).